

**Reseña del libro**  
**“Sigmund Freud y el**  
**cinturón de castidad”**  
**de Daniel Gil \***

*José E. de los Santos, Aída Miraldi*

Pese a internarse en un campo muy transitado y debatido, como el de la sexualidad femenina en el pensamiento y la obra de Freud, Daniel Gil aparece en muchos pasajes de este, como en otros trabajos suyos, con la audacia, la originalidad y la generosidad de un pionero. Pero también con el humor sensible y respetuoso de un humanista, que pasea su mirada benévola sobre la condición humana, en la que se incluye. Y esto en buena medida, porque reubica la reflexión en el contexto histórico, cultural y epistemológico de fin de siglo: el que nos concierne y en el que no vivió Freud, obviamente.

También, porque dispone de nuevos instrumentos teóricos, de cien años de experiencia psicoanalítica acumulada en todos nosotros, y de sus destacadas dotes personales para esa reflexión.

De todos modos, conviene decirlo desde el comienzo: el saber que nos ha dado Freud sobre la sexualidad femenina es indestructible y goza de buena salud, porque desde que fue emitido, sostiene una interrogación que no ha sido agotada hasta el momento, y que muchos psicoanalistas, como Daniel Gil retoman constantemente; pero también lo hacen historiadores, sociólogos, antropólogos y hombres y mujeres inquietos por desentrañarlos enigmas de la sexualidad femenina. Aunque muchas veces, abordan ese texto representado por la sexualidad de la mujer y su cuerpo erógeno, desde otro texto maestro legitimante, despótico, ideológico e inconsulto, que amputa la interrogación misma desde su origen.

---

\* Este trabajo fue leído en la presentación del libro de Daniel Gil en APU, el 21 de noviembre de 1997.

Desde la introducción, el autor nos enfrenta a una situación, a una realidad, muy a menudo desestimada por el propio investigador científico, pero profundamente condicionante de su investigación: toda teoría se construye y desarrolla entramada con los postulados conscientes e inconscientes, con los deseos, con las mentalidades y los intereses de la cultura en que esta inserta, ante la cual al mismo tiempo se somete, se rebela y se revela.

Para Foucault, con su dispositivo de análisis arqueológico del saber, toda ciencia es producida por la cultura, por lo que el saber y el poder están indisolublemente ligados. Para Feyerabend, para el mismo Einstein, el hombre de ciencia debe liberarse de esta sujeción, para realizarse como sujeto de conocimiento: recién después de efectuada esa liberación, que nunca es total, puede empezar a saber. Pero la realidad objetiva, histórica, es que así como luchan entre sí los actores políticos y sociales, también luchan entre sí los paradigmas científicos, no tanto por resolver un grupo de problemas, sino para resolver los problemas de un grupo; por eso, los fenómenos que no encajan dentro de lo que el paradigma triunfante puede resolver, son desconocidos en una maniobra denegatoria o caen dentro de la anomalía, la aberración, o la excepción. Y la epistemología en sí, puede convertirse en mecanismo de regulación y control social.

Con este panorama, hay que admitir que Freud y el psicoanálisis, como toda ciencia, especialmente como toda ciencia humana y subjetiva, están influidos por la cultura de su época y lo que puede ser más peligroso, por las instituciones de su época que administran el conocimiento, de las que forman parte las propias instituciones psicoanalíticas.

Un peligro en relación a las instituciones en general, del cual advertía ya desde el siglo pasado Charles Pierce. Y por qué no decirlo, Juan Jacobo Rousseau desde el siglo de las luces...

Por todo esto, una tesis central del libro es que determinados presupuestos ideológicos, es decir, formas de creencia basadas en el método de autoridad, se imponen en la elaboración teórica del propio Freud que no sólo no es independiente de ellos, sino que forman parte sustantiva de sus fundamentos.

Las teorías no solo dan cuenta de una realidad, sino que la construyen en el acuerdo de una comunidad interpretativa y de la política, entendida como competencia por el poder, que genera nuevas formas de constituir el sujeto y las realidades sociales en que los humanos viven.

Cuando trabajamos, lo hacemos sometidos a una teoría que, a través de las instituciones, nos exige fidelidad. Afortunadamente, la función interpretante nos lleva mas allá de nosotros mismos, a la duda, con lo cual se produce un perpetuo movimiento entre la duda y la creencia.

El proyecto del autor es demostrar esa tesis central, tomando como tema la elaboración de Freud sobre la sexualidad femenina, sobre todo en el aspecto de la evolución de la libido y el acceso, o no, al placer. La elección de ese tema se justifica por el lugar problemático de la mujer en todas las culturas, y su discriminación en ellas. La metodología que emplea consiste en tomar una línea fuerte del pensamiento de Freud, ver su desarrollo y como las implicancias ideológicas se le van entretejiendo.

Pero mostrando también, como el pensamiento creador de Freud oscila, duda, se autorrefuta y contradice, revelando su plasticidad y su coherencia. Y analizando sus textos sobre la mujer no solo como parte del corpus teórico psicoanalítico, sino como un documento que nos habla de su autor, pero sobretodo, de la mentalidad y sensibilidad de una época. Cosa que a la vez, revela la mentalidad y la sensibilidad del intérprete y su tiempo. Es decir, interpretar a Freud no es sin consecuencias para quien lo hace: se revela a si mismo y a su época, riesgo que asume Daniel Gil conscientemente.

¿Que quiere la mujer? La pregunta de Freud se refiere a una suerte de esencia de la condición femenina, un misterio, un enigma, un universal mas allá de contingencias y contextos, que haría a la mujer imprevisible, caprichosa...histórica, y fuera del tiempo y de la historia.

Si la pregunta se transforma en ¿que desea la mujer? alude a la insatisfacción no exclusiva de ella sino propia de lo humano en relación al objeto primario de deseo, prohibido para Freud o imposible para Lacan. Si efectivamente no se puede saber eme quiere una mujer, posiblemente se deba a que un discurso masculino, falocéntrico, no puede enunciarlo, porque no puede decir cual es el goce de la mujer.

Para Lacan es un goce más allá del falo, que se puede sentir, pero del que no se puede hablar: no es aprehensible en el campo del significante.. .lo cual vuelve a postular una especie de esencia de la mujer que la define por lo negativo, por medio de un goce inefable y que hace imposible la relación sexual. Otra posibilidad, avalada por la experiencia analítica de cada uno de nosotros, es que ni la mujer ni el hombre pueden decir lo que quieren, por la presencia de ese núcleo oscuro infranqueable, llamado “roca dura”, pulsión de muerte o real imposible.

Pese a la pregunta, Freud dijo igualmente muchas cosas sobre como era y como debía ser la mujer y sobre estas formulaciones, el autor cuestiona la pretendida objetividad de las teorías, para lo cual analiza fragmentos de material clínico y de material histórico, donde prevalece la idea del sexo único masculino y de la imperfección del género femenino, muy ligada a la problemática historia del clítoris. Historia que, a pesar del “descubrimiento” freudiano del orgasmo vaginal, se enmarca en la historia más amplia de la construcción del sexo y de la política de los géneros.

La “larga historia de ese brevísimo órgano” sostiene desde la realidad anatómica, la idea del sexo único masculino hasta el siglo XVIII; antes, se reconocía la diferencia sexual, pero desde el punto de vista cultural ella no era el criterio para establecer la diferencia de género. El sexo era, fundamentalmente, una categoría sociológica y ser hombre o ser mujer, significaba tener un rango social y cultural preestablecido.

Los filósofos, los científicos y los artistas; las versiones cultas y populares sobre el cuerpo y el placer, todo estaba relacionado con el orden político y cultural y no con la experiencia. Todos estaban guiados por criterios políticos, estéticos e ideológicos, y no por la comprobación explícita; sólo “veían” un cuerpo unisexuado. Esto, además, representa a mi juicio, y sin afán reduccionista, una enorme e histórica desmentida cultural de la castración.

Hasta que Colón descubrió el clítoris, y su capacidad de deleite orgásmico en la mujer; pero, obviamente, esto reforzó la idea del sexo único: la mujer pasó a tener dos penes, la vagina considerada como un pene invaginado y el clítoris.

El “amor cortés” a partir del siglo XII especifica las reglas de un nuevo tipo de amor, que marcan un lugar distinto de la mujer en la sociedad: ella se vuelve imposible para el amante, aunque también se impone paulatinamente la idea de que la mujer debía gozar sexualmente al igual que el hombre, con sus mismos derechos, porque ambos cuerpos son “máquinas deseantes” en continuidad viva con la naturaleza. Pero esa nueva cultura popular, de exaltación de lo corporal y sus placeres, chocó con el rechazo, el desprecio y el temor de la Iglesia, y de la ciencia hasta nuestras teorías actuales. Ni la Revolución Industrial, ni la Revolución Francesa, liberaron a la mujer de su imagen cultural de esclava sexual, contra la cual comenzaron a organizarse los movimientos feministas, con distintos contenidos programáticos y reivindicativos. Comienza a derrumbarse la supremacía del hombre, pero entonces, desde la ciencia, léase desde la ideología, se la reformula. Poder político y saber científico, una vez más, se alían, para mantener a la mujer como dependiente del hombre: la diferencia de género se funda en la biología.

“La anatomía es el destino”, dirá primero Napoleón, repetirá luego Freud. Aunque el destino, lo sabemos los psicoanalistas, es el deseo de bien o de mal que nos depara el otro, signo de nuestra indefensión.

Así, la mujer pasa a ser “el sexo opuesto” y “la media naranja”, pero en relación al hombre, referente despótico casi constante a lo largo de la historia. Digo, casi constante, porque también a lo largo de la historia existieron muchísimas mujeres con muchísimo poder como mujeres y no como pseudo hombres, así como sociedades matriarcales y hasta tribus de amazonas, en Asia Menor y América Precolombina. De todos modos, es en este contexto falocéntrico donde se ubica la reflexión freudiana.

Aunque también, hay que decirlo, se va delineando dentro de la teoría, el papel del falo como pieza clave en el enigma de la sexualidad humana, no sólo femenina, sobre todo en función de su valor de símbolo, susceptible de poder circular de un sujeto a otro.

A los efectos de esta presentación, José ha tomado a su cargo la primera parte, y yo hablaré de la segunda, pero desearía hacer una apreciación general. El texto de Daniel funciona como una matriushka, desplegando una serie de problemas en sucesión, con un lenguaje fluido, que le da una apariencia de sencillez engañosa. El psicoanálisis, aquí, queda reivindicado, tanto en su posibilidad de autorreflexión y autocuestionamiento, como en su potencial para abordar otras realidades.

Retomando, entonces...

Colón, pues, descubrió el clítoris (o lo redescubrió, en fin). Corría 1552, y él lo bautizó como “amor o dulzura de Venus”. Desde entonces, hasta comienzos del siglo XX no hubo dudas acerca de su papel en la excitación femenina. Ciencia, saber popular, literatura pornográfica coincidían en esto, tanto como coincidían los sabios de distintos países. Y los pintores que, cuando representan a mujeres masturbándose, las muestran acariciándose el clítoris.

Será recién en los siglos XVIII y XIX, cuando estudios de anatomía, histología, embriología, definan con claridad las estructuras del aparato sexual de la mujer, que se derrumbará la teoría del unisexo.

Hacia finales del siglo XIX, la masturbación clitoridiana es vista como peligrosa, se teoriza acerca de su extensión, ya que su práctica era más bien colectiva y no solitaria (a diferencia de la masculina) (!) y sus peligros. De resultas de ella, las mujeres podían transformarse en lesbianas (el clítoris crecería, se transformaría en una especie de pene, que “les permitiría actuar como hombres”) o bien las tornarían hiperexcitadas, ninfómanas y finalmente, prostitutas.

Es en este contexto de “derrumbe” de la concepción del unisexo y de reconocimiento del papel del clítoris que viene a inscribirse la teoría freudiana. Esta solo reconoce un antecedente directo en su postulación del orgasmo vaginal como más evolucionado que el orgasmo clitorídeo, y es la posición de Kraft Ebbing. Este autor sostenía que mientras la mujer era virgen su zona erógena principal era el clítoris, papel que cumplirían luego de la desfloración, la vagina y el cuello del útero (de paso, anotemos como Freud tomará también el tema de la zona erógena, pero trabajándolo psicoanalíticamente). Falta agregar una pieza, en este complejo panorama: es el descubrimiento, hacia 1823, de que la teoría aristotélica de la necesidad del placer, para la concepción, estaba equivocada: puede haber reproducción sin placer, dicen los científicos. Entonces, agregarla Iglesia Católica, si este no es necesario, es mejor pasar de el, pues ya es sabido que la lujuria tiene tufillo de azufre.

El trabajo de Daniel apunta, desde aquí, en dos direcciones: la teoría de la sexualidad femenina en la obra freudiana, y la construcción en ella de un modelo de mujer.

En la primera vertiente, se señala la contradicción entre el descubrimiento revolucionario de una sexualidad hecha de pulsiones parciales, autoeróticas, anárquicas, narcisistas, con la teorización de las fases y su culminación, el primado de la genital; la salida teórica de esta dificultad es la afirmación de que el primado de la genitalidad tendría por finalidad poner el placer al servicio de la reproducción

Entonces se teoriza: “placer al servicio de la reproducción, vida sexual normal, subordinación de las pulsiones erógenas parciales.”, organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno”. Lo que Daniel Gil muestra es como esta teorización está fuertemente cargada de contenido ideológico, como se mezclan allí elementos religiosos y morales, como el ser y el “deber ser” se entrecruzan.

Y también muestra la presencia de estos componentes en la construcción freudiana de la concepción de la mujer, la adherencia teórica a los conceptos antropológicos predominantes en la época. En la cúspide de la pirámide, el hombre en su avatar superior : el burgués cultivado. Por debajo de el: mujeres, niños, proletarios, locos, delincuentes, salvajes (de otras sociedades, claro). En la teoría de Freud estos conceptos se expresan como teoría de la recapitulación (tomada de Hackel a punto de partida de ideas de Jung: la ontogenia reproduce la filogenia, y el enfermo neurótico o psicótico se parecen al primitivo de los tiempos prehistóricos).

Este esquema traducido en términos de sexualidad explica la sexualidad perversa, infantil, el punto donde el niño y la “mujer no cultivada” coinciden. Y es, también

utilizado para explicar el devenir de la sexualidad femenina. Llegado este punto, Daniel interroga los “Tres ensayos...”, buscando, en la evolución que allí se postula para la mujer, las huellas de la ideología y la religión.

A la mujer se la caracterizará así: dotada de una mayor represión sexual, con pulsiones parciales que adoptan predominantemente una forma pasiva, y una etapa de sexualidad infantil que tiene un carácter “enteramente masculino”. Claro que a esto se agrega la bisexualidad, que aunque evita un esquematismo maniqueo, reimplanta, por otro lado, la discriminación en un nivel más sutil. Las marcas ideológicas –dice Daniel– quedan tanto en los conceptos como en las palabras: así, la mayor represión no está contextualizada como elemento social, histórico, cultural; lo femenino está en menos o no esta.

Para ver como la niña se hace mujer, Freud persigue los destinos de la excitabilidad del clítoris. En la pubertad, la nueva oleada de represión cae sobre esta ; lo que se reprime es justamente “el sector de vida sexual masculina” y a esta inhibición de la sexualidad en la mujer se corresponde su mayor valoración por parte del hombre. Para ser un objeto erótico sobreestimado, conviene ser inhibida sexualmente : “Es decir que cuanto mas pasiva sea la mujer, cuanto mas desmienta su sexualidad, será mas valorada, mas codiciada, mas estimada. En suma, es la exaltación de la frigidez”.

¿Cuál es el destino final de esa porción de “sexualidad masculina” cuando la mujer crece? Freud es ambiguo al respecto: el clítoris deberá ceder su excitabilidad a la vagina, está ganará lo que aquella perderá. Pero este proceso puede verse dificultado si la mujer ha sido una masturbadora habitual, si no ha logrado reprimir exitosamente lo masculino. Hay aquí una línea de pensamiento para la cual Freud creyó encontrar un punto de apoyo en la antropología, en el texto de un antropólogo que trataba sobre la clitoridectomía que practicaba una tribu africana.

Hay, sin embargo, otra hipótesis freudiana: el clítoris deberá retransmitir su excitación a la vagina, ser el haz resinoso que enciende el fuego, la chispa que enciende la pradera, diríamos con Mao.

En la primera, Freud se encuentra, paradójicamente, en la más que dudosa compañía de la Iglesia Católica que también abogó por la clitoridectomía. La segunda parece quedar más próxima a conceptos vigentes actualmente.

Pero, “el abandono del clítoris como zona rectora de la sexualidad femenina es un pilar en la elaboración freudiana y la persistencia del orgasmo clitorideo es coherente con la concepción de una porción de la sexualidad masculina no reprimida”

Ciertamente, Freud no era un ingenuo y paralelamente a estas concepciones, señalará también la degradación de la vida erótica en el hombre, la escisión de las imágenes femeninas (la puta y la pura), la necesidad de superar el respeto a la mujer y admitir la represión del incesto como condición de una vida amorosa feliz.

El autor indaga también la teorización de la envidia del pene, así como el papel que la teoría freudiana asignó a la mujer en relación con la cultura. De la forma de procesar la envidia del pene dependerá el destino final de su femineidad, su patología y su carácter

En cuanto al segundo aspecto, la mujer que inicialmente habría favorecido el desarrollo y consolidación de la cultura, al quedar luego relegada y resentida, se ha vuelto opositora a esta.

Esta descripción es la de la condición de la mujer, tal como Freud y la sociedad burguesa la querrían preservar, pero es también una condición que, en el mismo momento en que es enunciada, ya es anacrónica: anacrónica había quedado (estamos en 1927) ante la irrupción de los movimientos feministas, el proletariado femenino y el acceso de la mujer a los centros de saber. Estos asertos, obsoletos cuando fueron escritos, lo son hoy más que nunca

¿Cómo explicar este anacronismo en Freud, quien antes de escribir algo consultaba libros y libros afines al tema? Imposible alegar desconocimiento. Estamos, quizás, ante un intento de refundar, desde el psicoanálisis, la diferencia hombre-mujer, intento en el que, parcialmente, se deslizaron los valores y principios de la moral burguesa de la época.

Y, se pregunta el autor, ¿qué respondieron a esto las mujeres, qué tuvieron que decir las mujeres analistas, sobre esta sexualidad femenina de la cual tenían su propia experiencia? Las teorías de las analistas muestran en un caso (Helen Deutsch) la fidelidad a los puntos de vista de Freud. Tentada estoy de decir que, como tantas veces acontece con los discípulos, en quien los puntos de vista de los maestros se ven corregidos, aumentados (y empeorados), estas “joyas del pensamiento conservador” disfrazado de conocimiento científico son, casi una caricatura del análisis freudiano, donde se pierde el conflicto y se postula un supuesto ser femenino que, mas que un ser es un deber ser. En el otro –hablamos de Melanie Klein– se postula un deseo inicial igual para niñas y varones, un “órgano especial” que es equiparado en la fantasía infantil a los órganos de concepción: a la envidia del pene, la teoría kleiniana opone la envidia ligada a la capacidad procreativa de la mujer, (en una teorización que quedaría ubicada

en la línea de los movimientos feministas que exaltaban la maternidad, que se vería gravada hacia un desviacionismo biologicista y que escotomiza la interrelación paciente-analista en la construcción de las fantasías de aquel)

Hay una tercera respuesta, que es la de la princesa Marie Bonaparte, respuesta que no nos llega solo en el nivel de sus escritos, sino en la dramática peripecia vital de esta mujer que, buscando en el análisis una respuesta para su frigidez (en sus palabras: el pene y la normalidad orgásmica), buscó y encontró, en la realidad, el desconocimiento de su femineidad: se hizo cambiar de lugar el clítoris, en una primera operación que le es efectuada estando en análisis con Freud (tenía entonces 44 años) y luego sufrió dos operaciones más (incluyendo una histerectomía) a manos de un cirujano de cuyas teorías se había enamorado: el profesor Halban, quizás avatar transferencial de Freud.

Creo que si Daniel ha indagado en las teorías de estas mujeres, y no de otras, no ha sido por azar. Lo que se trata es de mostrar, en ellas y desde ellas, el peso de la figura de autoridad, cuya sombra las somete tanto como la sombra del otro (maestro, primer analista de la paciente) somete al joven analista y a la paciente de la viñeta clínica al inicio del texto, y la hace a ella definirse como frígida e inhibe en el analista la pregunta que, dos años después de iniciado el análisis, logrará formular.

Sombra de la autoridad que se cierne sobre el psicoanálisis cuando, desde fuera, se le exigen resultados del tipo evaluación costo-beneficio o se lo financia pidiéndole a cambio. Que? nada mas ni nada menos que la adecuación a los intereses del capital, que no son seguramente los del individuo ni los de la humanidad, como la historia reciente se encarga de demostrar.